

Un triste viaje del placer al deber

Oscar Adrián Ontiveros Aréchiga-Carrillo*.

Resumen

El fútbol como deporte formal y organizado mundialmente es un espectáculo global. También lo es como negocio. Jugadores, técnicos, equipos y público, todos ellos antiguos actores hoy reducidos a la calidad de factores, contribuyen de manera determinante a que el fútbol sea la industria de espectáculo más rentable de la actualidad. Paradójicamente, los criterios industriales que dominan la dinámica actual del fútbol y pretenden darle el carácter espectacular que el mercado requiere, parecen lastimar aspectos esenciales del juego que nació en el ámbito educativo de los colegios británicos del siglo XIX como un medio de formación de la juventud y que en el transcurso de ciento cincuenta años de historia, ha enamorado a millones de personas en todo el mundo por la belleza y disfrute que genera a su alrededor. La ética del fútbol actual es una construcción realizada a partir de los valores que el mercado otorga a los actores del fútbol, lo que si bien les convierte en bienes de consumo, efímeros, consumibles y desechables, aún brinda alternativas para la toma de nuevas y diferentes posturas personales frente a la imparable evolución del juego.

Palabras clave: Fútbol, deporte espectáculo, desempeño, valores.

Keys words: Football show sport, performance values.

Abstract

Soccer as a formal and organized sport is a global spectacle. So, it's like business. Players, coaches, teams and spectators, all former players today reduced to the quality factors, they contribute decisively to that soccer is

*Coordinador de Deporte Universitario y Salud Integral, UIA León.
oscar.ontiveros@leon.uia.mx

the most profitable entertainment industry today. Paradoxically, industrial criteria which dominate the current dynamics of soccer and trying to give the spectacular nature that the market requires, seem to hurt essential aspects of the game that was born in the educational field of nineteenth-century British schools as a means of forming the youth and in the course of one hundred and fifty years of history, has enchanted millions of people around the world beauty and enjoyment that generates around. The ethics of the current soccer is a construction made from the values that the market gives soccer players, so while they become commodities, ephemeral, disposable supplies and even provides alternatives for making new and different personal positions on the unstoppable evolution of the game.

El título de este artículo es una frase tomada en préstamo. La escribió Eduardo Galeano en su libro *El fútbol: a sol y sombra*. En un 1995 que hoy parece remoto, Galeano escribía “*La historia del fútbol es un triste viaje del placer al deber; a medida que el deporte se ha hecho industria, ha ido desterrando la belleza que nace de la alegría de jugar porque sí*” (Galeano, 1995:2). El planteamiento vale, especialmente viniendo de alguien que, además de llevar el nombre que lleva, es un connotado ciudadano de una nacionalidad ilustre en el mundo del fútbol. Como contexto histórico a la frase de Galeano, habría que recordar el desarrollo y la definición de la entonces aún reciente final del campeonato mundial de fútbol de Estados Unidos 1994, entre las selecciones de Brasil e Italia: después de un empate a cero goles en el tiempo reglamentario, que se mantuvo en la prórroga de los tiempos extra, ambos

El gol es el orgasmo del fútbol. Como el orgasmo, el gol es cada vez menos frecuente en la vida moderna

equipos protagonizaron la primera final de una copa del mundo definida en tiros de penaltis. Como escribiría el mismo autor: “*0 a 0, dos bocas abiertas, dos bostezos... El gol es el orgasmo del fútbol. Como el orgasmo, el gol es cada vez menos frecuente en la vida moderna*” (Galeano, 1995:9).

Casi veinte años han pasado del libro de Galeano y aunque por aquel entonces las cosas no marchaban demasiado bien para el fútbol, uno no podía imaginarse que a tan pocos años vista, fuéramos a ser nosotros la generación que presenciara la agonía del fútbol. A manera de refuerzo o actualización a lo escrito por Galeano, en una entrevista reciente para la televisión

mexicana otro connotado ciudadano que según sus propias palabras se define como “*de profesión cantautor, natural de Barcelona...*” Serrat (1981) ha expresado: “*antes el fútbol lo hizo el público. Hoy lo hacen las multinacionales*”.

En el mundo actual de las “multinacionales”, en junio de 2014 dará inicio el vigésimo campeonato mundial de fútbol. Ochenta y cuatro años han pasado de la primera copa mundial de fútbol en Uruguay (1930) y poco más de ciento cincuenta años del surgimiento del fútbol como deporte organizado. Ciento cincuenta años es tiempo suficiente para evidenciar los cambios evolutivos que la historia le produce a cualquier creación humana, incluso tratándose de un deporte, así sea el más popular del mundo en el siglo XXI. Por razones simples de historia, puede resultar interesante hacer un ejercicio de repaso por los motivos originales de un deporte que se practica

hoy prácticamente en todo el mundo y cuyo significado actual nos remite inevitablemente a conceptos en boga, tales como “rendimiento”, “espectáculo”, “ganancia económica”, “intereses de mercado”, “negocio”. Pero la historia nos muestra que esta realidad no siempre fue así.

Se sabe que el fútbol soccer moderno organizado tal como lo conocemos en la actualidad, tiene su origen en la Inglaterra del siglo XIX y procede de la misma familia de juegos que el rugby.

Las depuraciones de los códigos y reglamentos de juego realizadas por los colegios británicos de la época fueron diferenciando a un juego del otro. Finalmente, el reglamento usado como base para el fútbol fue el llamado “Código Cambridge”. A la par del nuevo reglamento, se creó la “Football Association” como el organismo que rige, hasta el día de hoy, el fútbol en Inglaterra. A partir de ese momento, en las escuelas inglesas formularon el término “soccer” derivado del sonido inglés “associaton”, para designar al fútbol y diferenciarlo para siempre del rugby.

La historia anterior cobra especial interés con la entrada en escena de Thomas Arnold (1795–1842), pedagogo, humanista y clérigo inglés rector del colegio de Rugby. Los hijos de los aristócratas estudiaban ahí y la pereza e indisciplina eran el factor común en las actividades académicas del colegio. Cuando Thomas Arnold fue nombrado rector, enfrentó los problemas que aquejaban al colegio mediante una estrategia original y revolucionaria por la cual pasaría a la historia del deporte y la educación física: “Empleó por primera vez en un centro educativo, el deporte como un medio pedagógico”. Para ello, se valió de los deportes que practicaban en ese momento los estudiantes: la carrera, el cricket y, sobre todo, el fútbol (Silva, 2002:33). Mediante su estrategia, Arnold pretendía que los estudiantes participaran activamente en su propia educación organizando ellos mismos las asociaciones, clubes, campeonatos, eventos, etc. La estrategia logró que la participación de los maestros y profesores para mantener la disciplina pasara a jugar un papel discreto.

Como era de esperarse, la “reforma Arnold” fue motivo de crítica y polémica por parte de los eruditos de la época, pero a pesar de ello, fue ganando terreno en otros colegios británicos. Con ello, Arnold inició la polémica educativa que trasciende hasta nuestros días entre el “deporte vs educación física” en los modelos de educación formal de los colegios, además de influir con sus ideas pedagógicas y reformas educativa a otros humanistas y pedagogos de la época que seguirían construyendo sobre la base que él había creado, entre ellos, un Barón francés de nombre Pierre Fredi Coubertin, quien consolidaría la filosofía del deporte como factor de crecimiento humano con la creación de los “juegos olimpismo de la era moderna”.

Lo demás es historia: ciento cincuenta años de difusión del fútbol por todo el orbe, diecinueve campeonatos mundiales con el crecimiento y empoderamiento natural del organismo internacional rector del fútbol, el surgimiento y desarrollo de la economía de mercado y, de la mano de ella, la evolución del deporte y particularmente del fútbol, hacia la industria del espectáculo como una maquinaria que todo consume y todo tritura: jugadores, directores técnicos, eventos, público... todo es desechable, transitorio y provisional. De los motivos originales, poco o nada queda. Incluso en el deporte estudiantil que es la verdadera cuna del fútbol, las ideas que prevalecen hoy en día suelen tener más tintes e intenciones “industriales” que educativas.

Thomas Arnold empleó por primera vez en un centro educativo, el deporte como un medio pedagógico

Basta acudir con cierto talante filosófico a un estadio para aprender lo esencial sobre nuestra especie

Afortunadamente, la agonía del fútbol mencionada líneas arriba no llega a funeral; si acaso, lo ha sido para ciertos motivos y causas de origen del fútbol. Para gracia de todos y del mismo fútbol, incluso en momentos y escenarios como el ya mencionado mundial de 1994, existían personajes rebeldes a su tiempo: Romario de Souza, Roberto Baggio, Hristo Stoichkov o Jorge Campos, nos permitieron creer en “la reconstrucción del templo en 3 días”, un nuevo templo que aunque ciertamente con motivos y causas de mercado, podía contar aún con un rayo de esperanza para generar hombres y mujeres capaces de ser felices, de jugar al fútbol libremente y a su modo muy particular.

¿Estamos ante el fin de la historia noble del fútbol? Personalmente tampoco lo creo, aunque ciertamente acepto que parece necesario desarrollar una nueva sensibilidad y la capacidad de agudizar los sentidos para encontrar nuevos motivos nobles y nuevas manifestaciones de humanismo en el fútbol actual. No es tan complicado: Tenemos a Messi y a Cristiano Ronaldo, a Franck Ribéry y a Neymar; al “Gullit” Peña y a Luis Montes, a Guardiola y a Matosas, al León y al Barcelona; todo ello para facilitarnos la tarea y poder creer que no toda virtud está perdida, que hay puntos de encuentro y coincidencia en los que los intereses de mercado pueden convivir de manera afortunada y sinérgica con la belleza del desempeño humano llevado a su máximo nivel.

Para la buena ventura de todos, la belleza en el fútbol no requiere del triunfo de ningún equipo en particular, sino de una conjunción precisa de elementos cualitativos provenientes de los diferentes actores del juego, así como del ojo, la atención y las emociones del espectador situados en el momento y el lugar correcto para apreciar el cuadro: Un magistral cobro de tiro libre en el que el tirador se enfila de frente a la tribuna repleta, inclina su cuerpo los grados exactos para golpear el balón con la fuerza y efecto precisos para que éste supere el salto de la barrera humana que se encuentra a diez pasos adelante (o nueve, u ocho...) y describiendo una parábola que le lleva directo al punto de unión del poste con el travesaño, justo antes del momento en que parece que traspasará el plano figurado que delimita la zona de gol, se escuche el sonido seco del guante del portero, quien con vuelo en postura de disección ha logrado llegar con el límite último de su anatomía a hacer contacto con el balón para desviarle por arriba de la portería y acto seguido rodar su caída de manera acrobática sobre el césped, mientras todos los presentes se extravían emocionalmente en la experiencia confusa que se ubica entre un “hermoso casi gol” y la proeza de “un portero héroe”, mientras defensores y atacantes intercambian expresiones y gestos de reconocimiento y satisfacción por lo que acaba de ocurrir.

Lo anterior podría parecer un escenario aunque positivo bastante reducido; pero no todo en el fútbol es nivel de máximo de desempeño y ejecución. También hay sutilezas que enriquecen el escenario. “No hace falta estudiar sesudos manuales de antropología, sociología o ética para entender al ser humano: Basta acudir con cierto talante filosófico a un estadio para aprender lo esencial sobre nuestra especie” (Goñi, 2010:12). Ocurre que con esta disposición, el deporte en general y, particularmente el fútbol, puede funcionar como un laboratorio de valores en el que cada cual tiene que identificar y elegir aquellos que quiere integrar a su vida. En un partido no sólo están en juego tres puntos. Además están en juego muchas cosas más: “el respeto al contrario, la aceptación de la derrota, la deportividad,

la gestión del tiempo, el respeto a la autoridad, el sacrificio personal, el sentido de equipo, la superación de las frustraciones, la perseverancia, el valor del sufrimiento, el compañerismo, la generosidad, el saber ganar, la capacidad de relativizar los éxitos y los fracasos, la autoestima, la valentía, el ingenio, la aceptación de las críticas, la humildad y la osadía, el perdón, el vivir con pasión” (Goñi, 2010:11).

Si es verdad que existe una relación entre el fútbol y la realidad sociocultural de la época, en la que el primero es una manifestación reflejo de la construcción valoral de la segunda, habría que reconocer y asumir también la posibilidad de que en sentido inverso, el fútbol pueda ser capaz de permear hacia el contexto cultural que lo acoge, el buen ejemplo y los valores deseables para una convivencia social en términos más convenientes que los que vivimos en la actualidad. Es cierto que lo anterior es tarea elemental y responsabilidad fundamental de los actores del fútbol: jugadores, dueños de equipos, autoridades deportivas, etc. Pero el tema no se agota en ello. Existen también una serie de posibilidades, casi responsabilidades del espectador como consumidor del espectáculo. Entonces caben preguntas básicas para el espectador: ¿Qué queremos consumir del fútbol? ¿Qué celebramos en cada partido? ¿Qué valoramos de un espectáculo futbolístico? ¿Qué nos evoca y qué es lo que nos hace bien observar y sentir desde el fútbol?

Al final, la fórmula del deporte actual es determinante: sin público no hay espectáculo

Sobre esta relación entre el futbolista y el espectador, “apreciar la excelencia e intentar alcanzarla es solo posible en ciertas condiciones. El jugador debe decidir en qué clase de actividad deportiva quiere alcanzar la excelencia y el espectador tiene que saber hacia qué elementos de esa actividad tiene entonces que prestar atención. Ambos necesitan una concentración en su apertura hacia lo que podría ocurrir, aunque ésta no necesariamente ocurra” (Gumbrecht, 2006:77).

En la jerga futbolística se dice que el público es “el jugador número 12” y como tal, el “número doce” también participa en el partido. En el fútbol espectáculo, dicha aseveración popular se torna más cierta que nunca: Las crisis de estadios con tribunas vacías que ha enfrentado la FIFA en diferentes momentos así lo han demostrado a lo largo de la historia del fútbol. La pregunta que subyace parece dirigirse hacia definir acertadamente: ¿en qué posición del juego es necesario alinear al valioso “jugador número 12”? Al final, la fórmula del deporte actual es determinante: sin público no hay espectáculo.

REFERENCIAS ■

Galeano, Eduardo (1998). *El fútbol: A sol y sombra*. México: Siglo veintiuno editores.

Goñi, Carlos (2010). *Fútbol: Valores en juego*. España: Laberinto.

Silva, Germán (2002). *Diccionario básico del deporte y la educación física*. Armenia: Editorial Kinesis.

Gumbrecht, Hans (2006). *Elogio de la belleza atlética*. Buenos Aires: Katz.